

se ha visto obligado á falsificarlas y á re-vestirlas de circunstancias apócrifas. No se alteran los documentos ni se recurre á testigos anónimos sino al sentirse impo-vente contra los testigos reales y los do-cumentos auténticos. De esta suerte la mentira contribuye á la afirmación de la verdad.

Su libro demuestra igualmente, por milésima vez, que por la profunda lógica que dirige el espíritu del hombre, los pro-fesores de disolución, los corruptores pú-blicos, son los naturales enemigos de la idea de Dios y de la creencia en una vi-da futura, innatas en toda recta razón y en toda conciencia honrada.

Los pornógrafos de otro tiempo, el e-rótico Parny, el obsceno Pigault-Lebrum, el infame marqués de Sade, no fueron apóstoles ménos fervientes de la impiedad, del ateísmo y de la lujuria. Necesitaban que Dios no existiera, y se enfurecían cuando en presencia suya se pronunciaba su sagrado nombre.

A cada página evoca usted el paraíso de sus ensueños: la nada, la cesación del sér. No habiendo, en veinte tomos, que-mado incienso más que en el altar del placer, vendido el sacerdocio de las concu-piscencias inmundas, llega usted al fin á la extraña filosofía del error de la vida, tan hermosa, empero, para el que cuida de amar y servir á Dios, y comprende que la efímera existencia terrena no es más que el punto de partida y la prepa-ración de lo que seremos para siempre:

Al igual que Satanás de Milton que exhala el grito célebre: "¡Oh mal, sé tú mi-bien!", todos los escritos de usted se compendían en esta invocación ardiente: "Oh nada, sé tú mi cielo!" ¡Oh! qué mie-do tiene usted de la otra vida! ¡y como el terror de usted le hace querer refugiarse en la nada! Pero ¡ay! la muerte no es más que un paso, una puerta que se abre, y el ingreso en el país de la justicia plena. El aniquilamiento no existe. Para forjar-se usted la ilusión de alcanzarlo, en sus pánico intenta matar á Dios.

Dios no puede morir; y nosotros, que-rámoslo ó no, somos también inmortales.

ENRIQUE LASSERRE.

LOS CARDENALES

Waugham y Gibbons en Roma.

El primero, Arzobispo de Westminster, In-glaterra, y el segundo de Baltimore, Es-tados Unidos del Norte, llamados por el S. Padre, se ocupa con ellos de proseguir una grande idea que le domina.

Se observa en el anglicanismo un mo-vimiento sério de retorno á la iglesia ro-mana, movimiento que se manifiesta, no sólo entre los seglares, sino también den-tro del clero anglicano.

En estos últimos tiempos se han reci-bido en Roma numerosas cartas de pas-tores protestantes expresando el deseo de entrar en el redil de la Iglesia romana. El anglicanismo, dividido en muchas sec-tas se disgrega, y en Inglaterra se acaba-rá de adoptar indudablemente la separa-ción de la Iglesia y el estado, con lo cual el anglicanismo recibirá un golpe mortal.

León XIII vé todo esto y cree que ha llegado el momento de intentar, respecto á las iglesias de Inglaterra, lo que ha he-cho con las iglesias de Oriente. Existe la intención de reunir en Roma á los prin-cipales católicos de Inglaterra y de Amé-rica del Norte, y de otros pueblos de raza anglosajona, para estudiar con ellos los medios más apropiados para que vuelvan los protestantes al Catolicismo. Es, pues, natural que con este fin Su Santidad quie-ra oír, desde luego, el parecer del Carde-nal Vaughan, que es el Prelado más influ-yente de la gerarquía católica en Inglate-rra, así como el del Cardenal Gibbons, Arzobispo de Baltimore, y puede ser que también oiga á los Cardenales Morán, Arzobispo de Sidney, y Tascheran, Arzo-bispo de Quebec.

Evidentemente León XIII continúa su programa. En su Encíclica *Praeclara*, llamaba á todas las confesiones cristia-nas á la unidad. Ahora pasa de la teo-ría á la práctica.

Dios quiera dilatar la vida de Su San-tidad hasta que vea concluida su obra.

COLECCIÓN

DE DOCUMENTOS



ECLESIASTICOS.

Tip. de N. Parga. --D. Juan Manuel R.

Resp. Jesus Berruero.

TOM. VIII.

GUADALAJARA, MARZO 8 DE 1895.

NUM. 5.

SECCION I.

CARTA

DE S. S. LEON XIII.

A Nuestro Venerable Hermano To-mas Costa y Fornaguera, Arzobis-po de Tarragona.

Venerable Hermano: Salud y Apostó-lica Bendición:

La cuarta vez que católicos de toda España, presididos de sus Obispos, se reunieron para promover los intereses de la Religión, tuvisteis á bien tú y los de-más Obispos que asistieron á aquella reunión, escribirnos una carta en que Nos dáis cuenta de su fausta termina-ción y del afecto de todos hácia esta A-postólica Sede y deseo de la entera liber-tad de la misma. De aquella carta de vuestra devoción y buenos deseos, os da-mos las debidas gracias; y os damos tam-bien cumplida enhorabuena por haber felizmente llevado á cabo aquel Congre-

so. Al propio tiempo, con incesantes súplicas pedimos á Dios benignísimo que, como os dió el querer, os dé también el ejecutar todas aquellas cosas que, para bien de la Religión, de común acuerdo resolvisteis. Entre las cuales no duda-mos ser las principales aquellas que Nos, movidos del amor á vuestro pueblo, re-petidas veces os hemos enseñado. So-bre todo confiamos que no se borrará de vuestra alma, que es deber de los católi-cos, dejando á la Divina Providencia el juicio de los derechos, cualesquiera que éstos sean, mostrar todo respeto á los que administran la cosa pública; lo cual, con tanta mayor voluntad debería al presen-te hacerse, cuanto que al frente de su reino tiene el pueblo español á una Se-ñora que, por las virtudes de su alma y singular devoción á la Sede Apostólica, es acreedora á todo honor y estimación; pero jamás consentir que en las contro-versias políticas se mezclen los intereses de la Religión, que á todos son superio-res, como lo es á la tierra el cielo. Por-que á la verdad, dignos de censura son los que en provecho de partidos civiles y para conseguir cualesquiera fines políti-cos, usan como argumento el nombre de católicos y abusan del sentido católico del pueblo. Conviene, pues, que aque-llos á quienes se ha encargado el cuida-do de las cosas sagradas, se abstengan completamente de las pasiones civiles pa- ra no hacer sospechoso el ministerio de



Un escritor francés, Angel Monc, en un artículo del cual hemos tomado algunos párrafos, recuerda, en presencia del sepulcro del "gran francés" esta profunda frase:

*La fortuna vende lo que se cree que regala, lo que, más pronto ó más tarde, hay que pagar.* Y, ciertamente, con usura ha pagado Lesseps en sus últimos años gloria que alcanzó cuando la apertura del canal que debiera llevar su nombre.

Todos recordamos la campaña de escándalo y de difamación á que dió origen la famosa quiebra del Panamá. Las iras de aquellos que soñaban con pingües dividendos se desbordaron furiosas á la vista de su ruina. Pasóles á los accionistas del Panamá lo que acontece á los jugadores: cuando pierden reniegan del juego, que les parece excelente cuando ganan.

Ya hemos dicho mas arriba que, en los últimos años de vida, Lesseps no ha sido otra cosa que una gran ruina, semejante á las que cubren despedazadas gran parte del Egipto.

A la sombra del "gran francés" se han cometido iniquidades. Miserables vividores hicieron de su nombre espejuelo y añagaza para los incautos. Pero ¿qué culpa tienen los escombros de Karnac de que entre ellos hayan hecho su cueva los reptiles?

## El Papa y la Francia.

L'OBSERVATORE ROMANO publica un largo artículo, del cual tomamos lo siguiente:

"A pesar de los obstáculos, los hechos demuestran de una manera evidente que la palabra autorizada del Jefe de la Iglesia Católica adquiere cada día más im-

portancia, y penetra más y más en los espíritus y en los corazones; si no en todos, ha dejado de una manera terminante las viejas ideas y prevenciones, siempre respetables, pero que no responden á la actual situación político-social de Francia.

Las palabras del Pontífice, si bien claras y terminantes, no han sido por todos interpretadas con la franqueza y exactitud debidas, tal vez por motivos de orden secundario ó por miras de interés mal comprendido.

De todos modos, la palabra de Su Santidad resulta siempre paternal y consoladora.

En efecto, la paz religiosa y la reorganización civil, apenas implantadas, hay que convenir que la guerra declarada por el oportunismo radical á la religión de la inmensa mayoría del pueblo francés, ha terminado mucho antes de lo que creía.

Desde luego el ateísmo ó anticatolicismo ha disminuido muchísimo en sus ataques violentos á la Iglesia del Pontífice, y no está lejos el día en que la hija predilecta de la Iglesia, Francia, se una en estrecho abrazo general y sincero con su solícita madre, la Iglesia de los Pontífices.

¿Por qué se representará la verdad desnuda, siendo así que todo el mundo la viste como mejor le conviene?

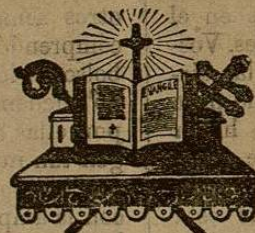
## ORDENES SAGRADOS.

El domingo 3 del corriente fueron elevados al Orden del Presbiterado los Sres. que á continuación se expresan:

- Sr. D. Arcadio Medrano.
- " " Daniel Gómez.
- " " Gilberto Espinosa.
- " " Jesús Roque.
- " " Jesús Martínez.
- " " Juan M. Cabello.
- " " Narciso Ortiz.
- " " Pedro Lizarde.

# COLECCIÓN

## DE DOCUMENTOS



## ECCLESIASTICOS.

Tip. de N. Parga.-D. Juan Manuel R.

Resp. Jesus Berrueco.

TOM. VIII.

GUADALAJARA, MARZO 22 DE 1895.

NUM. 6.

## SECCION I.

### Enciclica de su S. S. LEON XIII.

#### A Los Patriarcas, Primados, Arzobispos, Obispos y otros ordinarios, en paz y comunión con la Sede Apostólica.

Venerables Hermanos: Salud y bendición Apostólica.

Llevar el nombre y extender cada día más el reinado de Cristo en las naciones, conducir ó volver al seno de la Iglesia á los que de ella están separados ó le son hostiles, es en verdad y nadie lo negará seguramente, una de las obligaciones más sagradas, entre todas las del cargo sublime que Nós ha sido confiado y de la que inspirada por la caridad apostólica, hemos hecho desde hace largo tiempo el objeto de Nuestras preocupaciones y constante solicitud. Por esto, nunca hemos cesado de favorecer y de multiplicar las santas misiones que esparcen los resplandores de la fé cristiana entre los pueblos errantes en las tinieblas, y las obras que las sostienen por medio de subsidios recogidos entre los fieles. Nós lo hemos verificado muy especialmente en el tercer año de Nuestro Pontificado con Nuestra Enciclica: *Sancta Dei Civitas*, que tuvo por objeto aumentar el a-

mor y la generosidad de los católicos por la Obra ilustre de la Propagación de la fé. Entonces Nós plugo exaltar por nuestras recomendaciones á una obra cuyos humildes comienzos fueron seguidos de desenvolvimientos tan maravillosos y rápidos, colmada de elogios y favores espirituales por Nuestros ilustres predecesores: Pio VII, Leon XII, Pio VIII, Gregorio XVI y Pio IX, y que prestó á las misiones del mundo entero una ayuda tan eficaz, y prometía para lo porvenir socorros todavía más abundantes. Y gracias á Dios, Nuestras palabras obtubieron un feliz resultado; las larguezas de los fieles respondieron al apremiante llamamiento de los Obispos, y Obra tan meritoria, hizo en estos últimos años notables progresos. Mas hé aquí que necesidades más urgentes reclaman de los católicos un acrecentamiento de celo y de generosidad, y de vosotros, venerables Hermanos, lo esperamos todo con vuestra inteligente actividad.

Vosotros lo sabéis por Nuestra Carta apostólica *Praeclara* del mes de Junio último, Nós hemos creído obedecer á la Providencia divina, llamando con instancia á los pueblos del universo entero á la unidad de la fé cristiana, pues Nós llegaríamos al pleno cumplimiento de Nuestros votos si Nós fuera dado apresurar la venida del tiempo prometido por Dios y en el que no habrá más que un solo rebaño y un solo pastor. Nuestras



la Iglesia. Y por su parte los seglares muestren, no solamente de palabra, sino también con las obras, el debido respeto y sumisión á la Autoridad eclesiástica, y nunca olviden que al bien particular debe anteponerse el provecho de la Religión y el bien común. Cuando esto hagan, de ningún modo es nuestra voluntad que los seglares católicos estén ociosos; ántes al contrario, aprobamos el que, salvo el respeto debido á las leyes y sin desechar la dirección de los Obispos, trabajen con denuedo por la prosperidad de la Religión. Alabamos por lo tanto en gran manera é inculcamos que se celebren frecuentes Congresos; que se publiquen periódicos en todo conformes á las reglas prescritas por la Sede Apostólica, y que dejen á salvo el respeto que se debe á los que ejercen autoridad; que se fomenten las asociaciones de trabajadores y otras obras semejantes. Pero con muchísimo mayor encarecimiento exhortamos á los católicos á unirse cada vez más estrechamente al Pontífice Romano, que en la tierra tiene las veces de Cristo Nuestro Señor.

Porque sabemos, y con dolor, que aun entre los españoles se hallan quienes, so pretexto de Religión, se resisten á los consejos y enseñanzas de la Sede Apostólica, y hay periodistas que, aunque toman el nombre de católicos, han llegado hasta el extremo de no solamente oponerse á la suprema autoridad de la Iglesia, sino también faltar al respeto que la es debido. Tenemos por cierto, Venerable Hermano, que el pueblo fiel español recibirá de buen grado estos nuestros avisos, y que los Obispos con empeño cuidarán de que se graben profundamente en los corazones y se reduzcan á la práctica. Esto exige el amor de la Religión y el de la patria. Dios, pues, de quien se deriva todo don excelente, os proteja con su poder, y sea prenda de las gracias divinas; y en prueba de Nuestra paternal benevolencia, os damos la bendición apostólica, que con afecto sumo os concedemos á tí, y á todos los Obispos, y á todo el pueblo español.

Dado en Roma en San Pedro, día 10 de Diciembre año 1894, de Nuestro Pontificado el décimosetimo.

LEON PP. XIII.

### SECCION III.—VARIEDADES.

## ¿Por que es odiosa la impiedad?

Respondemos que por muchísimos motivos, á cual más poderoso; porque desconoce los derechos que tiene Dios sobre nosotros como nuestro Criador, y los otros derechos más sagrados si es cierto que competen á Jesucristo en su calidad de Redentor nuestro: porque atrae sobre los pueblos, lo mismo que sobre los individuos, los castigos de Dios, y así hace que la tierra se empape en sangre y en lágrimas y el infierno se llene de almas. Estos y otros motivos semejantes, son sin duda los que más influyen en el ánimo del creyente; pero como nada dicen al que ha perdido ó va perdiendo la fé, no son los de que hemos de hacer mérito por hoy, pues otros tenemos á la vista más humanos, más tangibles, más al alcance del positivismo contemporáneo, y de éstos y no de los otros queremos hablar.

Las pasiones humanas necesitan de algun correctivo, algun contrapeso, para no desbordarse y arrastrar en su desborde todos los elementos de felicidad así doméstica como social, y ese contrapeso y ese correctivo, ¿cuales pueden ser, si no son el temor y el amor de Dios?

Las razones de conveniencia son dique demasiado débil que á nadie contiene, y menos en la edad decisiva en que las pasiones son más fuertes y la reflexión puede menos. Las razones de conveniencia pueden convencer de que se necesita cierta moderación y cierta pru-

dencia en la conducta para evitarnos multiplicados y gravísimos males; pero la experiencia diaria nos enseña que por dar satisfacción á nuestros apetitos, arrojamos esos males todos los días.

El hombre á quien gusta el licor mira todos los días á los que le han precedido en el camino, en el miserable estado á que lleva el vicio de la embriaguez; el que se siente inclinado al juego ha visto de seguro la desesperación, la miseria, la deshonra de otros jugadores, y la mujer en cuyo corazón ha empezado á tener dominio la concupiscencia, ha visto á otras muchas abandonadas y despreciadas por los que las arrastraron al crimen, y condenadas al propio tiempo á la deshonra y á la miseria; y sin embargo, el que gusta del licor se embriaga, el inclinado al juego juega, y la mujer se entrega al seductor, tanto más presto lo hacen todos cuanto que el mundo tiene, en su lenguaje ordinario, no solo disculpas, sino apologías para los vicios, lo que no le impide despues marcar á los vicios con sello de imborrable infamia.

No es mas poderoso freno el honor humano que la razón de conveniencia: el código del honor hace de la venganza sangrienta no sólo un derecho, si no un deber para el ofendido, y perdona cualquiera infamia al que tenga el valor para batirse en duelo y la destreza bastante en el manejo de un arma para herir ó matar al adversario.

El código del honor, que condena á la infamia á la mujer que cede á la seducción, absuelve siempre y frecuentemente aplaude al cobarde que abusa de su fuerza para perder y sacrificar á una criatura débil; el código del honor lo perdona todo y todo lo disculpa á quien tenga valor para arrostrar el peligro en ciertos momentos, y cierta generosidad caballeresca que frecuentemente se hermana con grandes vicios y aun con insignes vilezas; el código del honor que hace de la venganza un deber, con tal que se guarden ciertas reglas, absuelve con frecuencia al que apela al suicidio para evitar la ver-

güenza de sus malas acciones, y por fin á mas de ser harto laxo en moral en muchos casos, sólo extiende su acción á los actos que tienen por testigo á la sociedad y no alcanzan á los que no tienen testigos, y frecuentemente ni á los que pasan en el seno de la familia.

Por lo demás, este código, compuesto de leyes de convención, que cambian con los tiempos, las costumbres y las preocupaciones, no impone sus leyes sino á las personas de cierta posición y pierde todo su poder para el que ha resuelto no contar entre los elementos de su felicidad la estimación de los demás.

Suprimidos los motivos religiosos, no quedan más elementos moralizadores que el honor humano y las razones de conveniencia, que acabamos de ver son harto equívocos y sospechosos en sus máximas, y barrera demasiado débil contra el empuje de las pasiones.

Siendo esto así, es preciso que el nivel moral en una sociedad descristianizada descienda hasta las últimas gradas de la escala, y esto es lo que por desgracia vemos en las sociedades actuales: la literatura y las artes van descendiendo hasta la infamia que se designa con un nombre desconocido de las edades cristianas: el de pornografía y la lepra de una disolución que no conoce límites ni pudor, no sólo contagia á las generaciones ya formadas, sino á los niños, en términos que en las sociedades invadidas por el libre pensamiento empieza á ser raro el joven de doce ó catorce años que conserve, no diremos la inocencia propia de su edad, pero ni siquiera un poco de vergüenza ó de recato.

El lenguaje frecuente, no sólo en los rapazuelos y granujas de las clases descuidadas, sino en los niños de las clases más educadas, inspira más repugnancia que compasión, y al lenguaje corresponden de ordinario las costumbres, siendo ya en muchas sociedades hechos no raros los suicidios de niños y los crímenes nefandos cometidos en temprana edad.



Ahora bien: si la depravación en todo caso hace del hombre un ser dañino y una carga para la sociedad, la depravación prematura, ¿qué efectos producirá? ¿Qué aptitudes para el trabajo, para las ciencias, para las artes, para la vida doméstica, y sobre todo, ¿qué energía de carácter podrá conservar aquel en quien la malicia y el vicio se anticiparon á la adolescencia? y por último, ¿qué generaciones podrán provenir de generaciones enervadas, gastadas, destruidas por una depravación prematura?

Sabido es que las familias de los ebrios de profesión, ofrecen ancho campo á la medicina para ejercitarse en el estudio de enfermedades casi siempre incurables. La demencia, el baile de San Vito, la catalepsia, la parálisis, las escrófulas, y no pocas veces la imbecilidad, son el patrimonio ordinario de tales familias; y lo que sucede con las familias de los bebedores, sucede también, y acaso en mayor escala con las de los que se han entregado á otros excesos de que el respeto á nuestros lectores no nos permite hablar.

Y si esto acontece cuando el vicio ha sido contraído por el padre en edad en que ya su desarrollo era completo y la naturaleza había adquirido en él todo el vigor de que era capaz, ¿qué sucederá cuando el desorden de las costumbres ha empezado su obra antes que el individuo hubiera alcanzado su pleno desarrollo?

Lo que la razón y la experiencia indican de consuno, es que tras de una generación sin creencias debe venir otra pervertida desde la cuna, y tras esa una tercera caracterizada por el raquitismo y la imbecilidad.

Esto lo puede conocer prácticamente quien tenga ojos para ver, conozca un poco la historia y estudie de cerca la marcha de las sociedades contemporáneas. Si éstas no han llegado á la degradación mayor á que pueden llegar, lo deben al poder que conserva todavía en ellas el elemento cristiano, á pesar de todo lo que ha perdido de trescientos años á esta

parte; pero si la libertad de pensar lo que se quiera sigue cundiendo, y con ella la de no tener otra regla de conducta que los apetitos é inclinaciones naturales, las naciones ayer más poderosas y más grandes, llegarán al estado de no necesitar más que un Mahometo para agregar sus territorios al mapa de Turquía, sin que basten á salvarlas todos los prodigios del progreso material.

En esto consiste el progreso que la impiedad proclama, y confesamos francamente que no lo queremos.

Los gritos de ¡viva el ateísmo! y ¡abajo el clericalismo! que traducidos al lenguaje de la franqueza y de la verdad quieren decir: viva el ateísmo, abajo el cristianismo, signifícan, analizados en sus elementos y en sus consecuencias, todo lo que vamos á decir: viva la ignorancia presuntuosa; viva el charlatanismo desvergonzado; viva la venganza desapiadada; viva el juego; viva la embriaguez; viva el desenfreno; viva todo lo que degrada, envilece y anula á los hombres; y por el otro lado, abajo la modestia; abajo todo amor á la verdad; abajo todo respeto por el derecho ajeno; abajo todo sentimiento generoso; abajo toda vergüenza, abajo todo recato, abajo todo cuanto recuerde al hombre que es algo más que una bestia que anda en dos pies.

Hé aquí el programa: dígame si tenemos ó no razón para mirarlo con horror.

### Ni un catolico hablaría mejor.

Carstenson, obispo protestante, en un ruidoso discurso, ocupase de la Iglesia Católica en los siguientes términos:

"Trazad un mapa del Cristianismo y borrad de dicho mapa todo lo que es Romano. ¿Qué cosa os quedará entónces

sino un paganismo predominante en grande? Roma es esencialmente tierna y benéfica: ella cuida de los pobres y de los afligidos hasta en los rincones más remotos de la tierra. Sus Hermanas de la Caridad, esas hijas del amor divino, se encuentran junto al lecho de los enfermos en ciudades apestadas, de las que con harta frecuencia huyen los ministros protestantes, presa del miedo, del temblor, de la cobaría. Con su mensaje de esperanza, se sienta cariñosa en la celda del pobre prisionero y le acompaña hasta el cadalso, enseñándole y haciéndole besar el Crucifijo, como prenda del perdón de Aquel que tiene misericordia inefable y sin límite. Sus templos estan siempre abiertos, y de sus altares nunca deja de subir al trono del Altísimo el incienso de la oración y del sacrificio.

"La Iglesia Romana es la casa de los obreros. Id y asistid á uno de sus cultos por más que se celebren en la catedral de San Patricio, sita en la quinta avenida y en el mismo centro de la opulencia de Nueva York.

"Allí vereis hincado de rodillas y co-deándose al millonario y á la lavandera, al que ocupa un palacio y al que vive en una bohardilla: todos se inclinan humildemente ante el supremo Hacedor de todos ellos. Y no solo una vez ó dos, sino cuatro ó cinco veces, (y aun más) cada domingo, multitud de fieles salen de dicho templo ó entran á él, multitud compuestas en general de hijos é hijas del trabajo, con sus rostros extenuados y sus pobres vestiduras, y orando confundidos con los que lucen seda ó merino, porque el Señor es el padre de todos."

### Movimiento religioso del mundo.

Hallazgos en la catedral de Barcelona.

Los trabajos que se están practicando en la catedral de Barcelona, han puesto en descubierto diversos muros de man-

postería de grosor extraordinario, cuyo objeto y composición se ignora por completo.

Están formados en su mayoría por mampostería de pequeño tamaño y cubiertos por sillares labrados cuyo aspecto indica haber pertenecido á edificios con anterioridad á la catedral. Se ha encontrado en algunos sitios, á una profundidad de cinco metros, una solera de un palmo de espesor, formada de hormigon, de origen evidentemente romano. El arquitecto director de la obra se limita por ahora á poner al descubierto esas construcciones, haciendo extraer la tierra que las cubría, con objeto de levantar un plano de todas ellas ántes de sepultarlas de nuevo.

### Estadística curiosa.

La Iglesia católica vive luchando y venciendo continuamente.

Muchos poderes la persiguen y se coligan para destruirla, pero de estas pruebas sale más brillante y de tantas persecuciones resulta más fecunda.

Segun la estadística más desfavorable á la Iglesia católica, pues está formada en Alemania por estadistas protestantes, nada amigos ni favorecedores de ella, resulta que su aumento de siglo en siglo es el siguiente:

|              |                    |
|--------------|--------------------|
| Siglo I..... | 500,000 católicos. |
| " II.....    | 2 000,000 "        |
| " III.....   | 5 000,000 "        |
| " IV.....    | 10 000,000 "       |
| " V.....     | 15 000,000 "       |
| " VI.....    | 20 000,000 "       |
| " VII.....   | 25 000,000 "       |
| " VIII.....  | 30 000,000 "       |
| " IX.....    | 40 000,000 "       |
| " X.....     | 56 000,000 "       |
| " XI.....    | 70 000,000 "       |
| " XII.....   | 80 000,000 "       |
| " XIII.....  | 85 000,000 "       |
| " XIV.....   | 90 000,000 "       |
| " XV.....    | 100 000,000 "      |



„ XVI..... 125 000,000 „  
 „ XVII..... 185 000,000 „  
 „ XVIII..... 250 000,000 „  
 Siglo XIX [hasta el año de 1893] 280 millones de católicos.

Aun admitiendo la estadística reseñada, hay que notar en dicho movimiento: primero, que ha sido siempre creciente, sin que una sola vez haya sucedido que en un siglo haya menos que en su anterior; segundo, que en los siglos en que la persecución de la Iglesia ha sido mayor, también ha sido mayor el aumento, y se comprende, siendo el fundador de la Iglesia católica el mismo Dios: ¿quién como Dios, ni quién contra Dios?

## ANTE EL SEPULCRO DE LESSEPS.

Cuando después de la canalización del istmo de Suez, muerto ya Palmerston, enemigo obstinado de Lesseps, la aristocracia inglesa honró con públicos y ostentosos agasajos al “gran francés,” ofrecióle entre otros dones, un magnífico cofrecillo de estilo egipcio, de oro esmaltado, con esta leyenda: “Inscribimos hoy vuestro nombre en el libro de nuestro derecho de ciudadanía, al lado de los de Ricardo Cobden y Jorge Peabody, hombres cuyos actos, como los vuestros, fueron pacíficos y sin mancha de sangre.”

Ciertamente, el elogio es justo. La obra de Lesseps fué la obra de la paz: el hierro que se empleó en ella no fué el de la espada, sino el de la azadon; y la piqueta y la pólvora, usadas tantas veces en sembrar la muerte y el estrago, se utilizaron allí solamente en descuajar los bloques que unían dos continentes y separaban dos mares.

Gracias al esfuerzo poderoso del Hé-

cules de nuestros días, las aguas rojas del antiguo Golfo arábigo mezcláronse con las azules olas del Mediterráneo, simbolizando así la realización de la fraternidad de las razas y la unión de los pueblos. Desde entonces, el lejano Oriente se ha acercado en muchos centenares de leguas á nosotros, y los barcos que van y vienen, trayendo y llevando ideas y productos de uno á otro confin de la tierra, burlan los fueros impotentes del fabuloso Adamaster y las tempestades del Cabo de las Tormentas, siguiendo el camino trazado y abierto por la inteligencia de Lesseps.

Hoy, el ilustre ingeniero no es más que un gran recuerdo, después de haber sido una gran ruina. Su nombre, sin embargo, vivirá siempre, y cuando en las lejanías de la historia futura, los hombres superiores de nuestro tiempo se conviertan en mitos, como en mitos se han convertido los hombres del pasado, el trabajo de Lesseps será considerado como lo son los trabajos de Alcides.

La epopeya del istmo tuvo su periodo de gestación. Fué en el departamentodeBerry donde, después de una ya larga vida, consagrada á trabajos diplomáticos, se había retirado á cultivar las tierras que en aquellas comarcas poseía. “Durante el estío —dice un escritor francés— en sus largos paseos campestres, y el invierno, durante larguísimas veladas, su pensamiento vagamundo se trasladaba al valle del Nilo (en donde había pasado los mejores años de su juventud). Se cuenta que en la época en que había desempeñado el cargo de cónsul en Alejandría, hubo de verse obligado á hacer una larga cuarentena, en uno de sus viajes á Francia. Forzado así á una inactividad completa, pidió libros para entretener sus ocios. Entre las obras que cayeron en sus manos, se encontraba un estudio de cierto ingeniero francés llamado Lepère, acerca de los diversos medios de establecer una vía de comunicación al través del istmo

de Suez.” Aquella lectura fué como la concepción vaga y brumosa de la obra que más tarde había de cumplir. En la soledad de su retiro, Lesseps fué poco á poco depurando su pensamiento, clarificándole, ordenándolo logicamente. Cuando la idea hubo tomado cuerpo, una ocasión impensada vino á hacerla practicable.

Acababa de morir repentinamente el Jétive de Egipto, Abbas Bajá, sucediéndole Mohamed-Said, antiguo amigo de Lesseps. Tener noticia de este suceso, embarcarse, llegar á Egipto y presentarse al nuevo Jétive, fué obra de muy pocos días. Es asombrosa la suma de actividad, de talento y energía que desplegó Lesseps en favor de su proyecto. Las intrigas de Inglaterra y su constante oposición á la apertura del istmo; las dificultades para reunir capitales suficientes para la realización de tan colosal empresa; la reserva de los Gabinetes de Europa para apoyar un proyecto que varias autoridades científicas calificaban de locura, y la incansable hostilidad de Palmerston, toda esta montaña de obstáculos, que á otro hombre de menos temple le hubiera hecho desfallecer y rendirse; no fué sino poderoso estímulo para su inquebrantable energía. Hubiérase dicho que poseía el don de la ubiquidad. “Incesantemente se le veía aparecer en Constantinopla, en el Cairo, en Odessa, en San Petesburgo, en Berlín, en Viena, en Londres, en París. Provocaba en todas partes viva agitación en derredor de su obra y ponía en movimiento á las gentes de negocios. En todas las ciudades por donde pasaba, daba conferencias, exponía los pormenores de su proyecto, la economía de la empresa, los resultados grandiosos que había de producir para Europa y para el mundo.” Su palabra inspirada y entusiasta llevaba la persuasión á todos los ánimos. Infatigable, sin sombra de vacilación, fanático de su propia idea, mientras que redactaba Memorias, y escribía cartas y dictaba artículos, no descuidaba castigar á los calumniadores, enviándoles padri-

nos, y muy á menudo también tiros y estocadas.

Cosa es que lisonjea el orgullo humano ver el grado de fuerza asombrosa á que puede llegar la voluntad. Esos seres superiores que, como Colón y Lesseps, han vencido con sólo su genio y su constancia en épico combate al mundo, nos confirma en el origen divino del hombre y en su destino sobrehumano.

Cuéntase que al levantarse una mañana (el 15 de Noviembre de 1854) vió Lesseps destacarse en el cielo un hermoso arcoiris que se extendía desde el Oriente al Occidente, y que parecía enlazar con hermosa banda celeste los dos continentes, asiático y africano. El “Gran francés” corrió á las habitaciones del Jétive, hizo levantar á Moamed y mostrándole el brillante meteoro: “este es—le dijo—el arco de la alianza;” y con lenguaje inspirado expuso al Virrey que el gran proyecto de la canalización había de ser en el orden terrestre lo que el bello fenómeno que tenían á los ojos era en el cielo.

—Acepto vuestro proyecto—dijo el Jétive. —podeis contar conmigo en la medida de lo posible y de lo imposible.

Aquella especie de convenio pactado en una hermosa mañana, á la luz de la aurora, y bajo el arco extendido por Dios en el azul infinito, llegó á ampliarse en medio del asombro de todas las naciones.

Y llegó el día..... Castro y Serrano en sus admirables cartas publicadas tan misteriosamente en LA EPOCA, lo describe con castiza y hermosísima inspiración: “El mar rojo no era rojo sino azul; las aguas batian en un hermoso puerto, es cuadras mercantes de todos los países aguardaban, entre vitores y fiestas que se les abriese la puerta burladora de Buena Esperanza; nunca como este día el mar Asiático ha debido con razón llamarse de las perlas.

Si: perlas en el cielo, en la tierra y en el mar; perlas en los ojos de los que aquello contemplábamos, por admiración al hombre y gratitud á Dios.